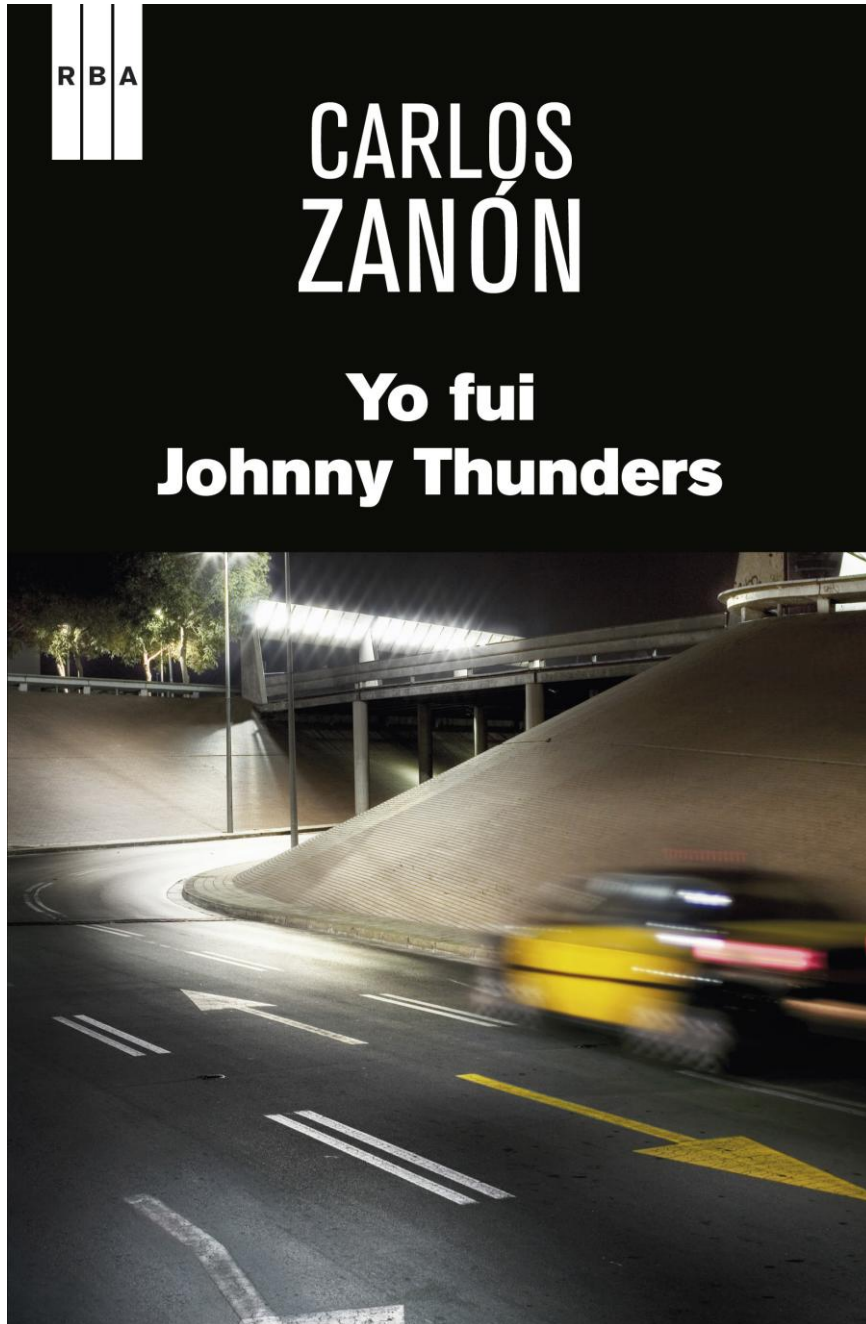


RBA

YO FUI JOHNNY THUNDERS

CARLOS ZANÓN



(DOSSIER PRENSA)

Argumento

La cuarta novela de Carlos Zanón (Barcelona, 1966) es mucho más que la consagración de un autor que está transformando el modo de escribir género negro en España. Es la novela que hay que leer para saber lo que aún puede dar de sí la literatura negra y criminal, la ciudad de Barcelona —protagonista épica de esta magnífica novela— y un autor que con *No llames a casa*, su anterior entrega, se reveló como un escritor marcadamente original y de culto. Y ahora se supera. Una rara avis en la literatura española contemporánea.

Zanón —también poeta— ha creado su propio estilo narrativo: inimitable, callejero, seductor. Un estilo único y particular, que con *Yo fui Jonhhy Thunders* alcanza su cénit, lejos de cualquier cliché de género. El autor barcelonés regala al lector, de nuevo, ese retrato incomparable de una Barcelona que se reencuentra con la memoria de los barrios de Horta-Guinardó de finales de los 70 y principios de los ochenta. “Yo me crié en el Guinardó —admite Zanón—. Soy de una familia normal, diría de gente trabajadora. Soy como aquel personaje de la película *La ley de la calle*, el chico de gafas que va tomando nota de todo, de lo que hacen los héroes de la banda. Sí, yo era ese”. Pero ese también es capaz de recrear una banda sonora extraordinaria —rock’n’roll, glam, bandas, garitos, de aquella inolvidable sala Magic— y una memoria que, además de roquera, está también llena de referencias cinematográficas.

En las calles de Guinardó y de Horta, desdibujado por el destino, seguimos a Mr. Frankie/Francis —“bien parecido, delgado, ojos vivos remarcados por lápiz azul, dos aros de oro en una de las orejas, zapatos de piel, pantalón negro y camisa roja”—, un yonqui, un guitarrista de rock’n’roll que, un par de décadas después de aquellos 80, se desliza, o más bien se deja caer, por un tobogán hasta ninguna parte, llevándose por delante todo lo que le rodea. Exactamente como el Epi de *Tarde, mal y nunca* o el Bruno de *No se lo digas a nadie*. Esa dualidad Mr. Frankie/Francis a lo doctor Jekyll y mister Hyde, sin embargo, otorga al personaje una dimensión desconocida, a la que Zanón le ha conseguido sacar todo su jugo.

Esta novela es la crónica de ese viaje hacia el vacío, la oscuridad, el fin, el silencio, cuando ya Mr. Frankie no tiene nada, no es nada, sin su Gibson, sin dinero y sin esperanza. Apenas una sombra que “ha de gestionar bien su nostalgia”, porque el pasado es lo único que posee: aquellos garitos de conciertos, el repertorio de los grandes del rock, la carrera de guitarrista —“También cantaba. Segundas voces, alguna canción de solista. Pero hace ya mucho. Estoy fuera de concurso”— que se le escurrió entre los dedos y la heroína, las calles de Horta irreconocibles hoy, un divorcio inapelable que le ha hurtado a sus dos hijos... Sin presente y sin futuro, la vida es forzosamente de otra manera.

Zanón elude cualquier atisbo de novela policíaca, de modelos clásicos de investigación o dualidad investigador-asesino. Prefiere otras referencias acaso: James M. Cain, por ejemplo. El retrato puro, sin interferencias, de lo amoral, de la periferia, de la calle en donde los culpables son víctimas, ladrones, yonquis, desterrados, que se ven abocados a desenlaces donde siempre descubren —y bien lo va a saber Francis— que el infierno aún es más hondo de lo que se imaginaban. Siempre se puede bajar un piso más. Aunque sigan soñando con ser alguien.

Francis —ese espejismo de lo que ya queda de Mr. Frankie— es uno de esos tipos sin escrúpulos ni futuro, habitual en las esquinas del infierno. Él, que tocó una noche ni más ni menos con el mismísimo Johnny Thunders venido a menos, “figura de serie Z a la

que Mr. Frankie y su banda —tocados por una serie increíble de envites afortunados—, *Las Putas de Aviñón*, acompaña en los bolos en Barcelona y Valencia”. Él, que ha tenido que salir al rescate de una leyenda del rock. “Mr. Frankie, como si llevase sobre los hombros los mismísimos Heartbreakers, decide ir más allá y canturrea las primeras estrofas en un idioma inventado, mitad inglés, mitad farlopa. Thunders viste una camisa negra a rayas blancas, abotonada hasta arriba, con apliques metálicos en las puntas del cuello, pantalones pitillo, zapatos italianos que fueron caros, que estuvieron limpios, que tuvieron una suela que no estaba agujereada. Felino viejo, a años luz, eso sí, de la piltrafa que estaba hace nada en el camerino, se encarama al escenario. Pone una mano sobre el hombro de Mr. Frankie y pide un cigarro a la primera fila”.

¿Cuántas veces soñó con tocar con los New York Dolls? ¿Cuántas? “Aunque esa noche solo lo hará con un drogadicto que se aúpa a cualquier escenario que le pueda pagar la próxima dosis. Aunque eso sea cierto ese tío es Thunders, hostia. Leyenda. Es él, por el amor de Dios. Por eso y solo por eso, bromea Francis consigo mismo, después de mear hoy se lavará las manos en señal de respeto a Johnny”. Pero hasta eso se ha acabado. Francis apenas puede ser ya Mr. Frankie, no hay contratos, ni rock’n’roll —“ahora todo son rumbitas y retrasados con el pelo crespado”—, solo algún bolo en el que apura con dedos torpes y desfases considerables.

Zanón ha creado un narrador omnisciente que habla a veces desde un atisbo de la conciencia de Francis. Una crónica donde Francis parece por momentos lúcido, otras resignado, siempre iluso. Esa crónica —la novela— no está, sin embargo, protagonizada por quien fuera Mr. Frankie a la guitarra, sino por ese monstruo que le devora que es la vida, las circunstancias, el entorno, el fracaso. Y que no van a tener piedad. Ninguna. Los protagonistas, más allá del propio Francis, de Marisol, de don Damián, de Xavi, es la soledad, el amor, la lealtad y la traición, los grandes temas de las novelas de Zanón.

Francis tan solo resiste por una idea. “La idea es ir reuniendo dinero. La idea es poder vivir mejor. Tener siempre tabaco. Una cervecita. Alguna juerga. La idea es ahorrar. La idea es ahorrar para ir pagando las pensiones debidas y las que el cinco de cada mes vencen. La idea es que así sus hijos, Víctor y Óscar, sepan que su padre les ayuda y quieran verle. La idea es evitar una condena que le pueda llevar a prisión”. La idea es también agarrarse a un último cable antes de arder para siempre.

Vuelve a Horta-Guinardó como último refugio, vuelve a la infancia, a la casa de un padre del que apenas sabe, a la sombra de su hermana —Marisol—, de los amigos que aún no han caído en las calles, de las novias de la adolescencia... Francis busca un último regalo del destino para recuperar, si no la cordura, al menos los dos hijos que le rehúyen. Pero esa será su tumba. La nostalgia lo va a atrapar. A él que ha ido por la vida poniendo distancia como si fuera una banda sonora de caos, líos y drogas.

Ahí está Francis, de nuevo en casa de su padre. Apenas un desconocido. Paco. Pobre. Solo. Viejo. Veinte años después de que el hijo lo dejara atrás. Sin dinero, sin más cobijo. “Tiene casi setenta años, una pensión que no llega a los quinientos euros y un agujero enorme a la altura del corazón. Aún mantiene una buena cabellera, los pantalones de toda la vida le siguen sirviendo y su estatura es la que es normal cuando te crías comiendo pan negro y cines de sesión doble. Vive en la calle Varsovia, cerca de la plaza Guinardó, en un piso con ascensor ruidoso, techos blancos y ventanas que se abren mal y se cierran peor”.

La madre lleva años muerta. Aunque murió, en realidad mucho antes, cuando el padre la enviaba al bingo para quedarse a solas con Marisol, que siempre pensó que era

su hermana. La misma Marisol de quien cree que lo sabe todo: “Que trabaja en rambla Guipúscoa, en un bingo, para escarnio del destino y compartiendo piso con un par de chicas dominicanas. Al poco de marcharse tuvo novio. Luego, otro, un moro. Ahora sale con su jefe, un tipo oscuro pero que no es pobre ni está solo, aunque sea, eso sí, casi tan viejo como él”. Todo menos que a su padre lo ha denunciado por acoso, aún encaprichado en la niña. Y que Amoah, el árabe malcarado y cabrón, aún la persigue creyendo que es suya, y solo suya, dispuesto a rajarla.

El reencuentro con Marisol es la última, acaso, la única esperanza de Francis, para conseguir un trabajo, aunque sea de vigilante en aquel bingo, el Verneda, propiedad de don Damián. Pero Marisol, lejos de salvar a Francis, va a caer con él. Ambos irán de la mano deslizándose por ese tobogán que les convertirán en asesinos. Cuando caes, caes y caes, ya nada te detiene. Nada es como fue. “Nunca fui famoso. La gente más allá del barrio no me paraba por la calle, vamos. Pero Marisol era una cría y lo vivió todo de una manera exagerada. Pero sí, fue difícil. La gente, a medida que crece, va asimilando la derrota. Cosas que quiso y que ya no podrá tener, esas historias. Pero en mi caso uno pasa de creer que nunca crecerá, que puede tener todo lo que desee sin necesidad casi de desearlo, a la certeza de que la partida ha acabado ya, para siempre y demasiado pronto”.

Don Damián será quien desate, como en un preciso mecanismo de relojería, el descenso final a lo más profundo del infierno, cuando Marisol y su hermanastro creían que ya lo habían visto —y vivido— todo: “Divorciado. Celoso. Sesentón turbio, falsamente apacible, acicalado con cadenas de oro y feas camisas. Animal nocturno de negocios pringosos en el pasado y, en la actualidad, igual de pringosos pero casi legales. Está en la gloria al meterse enviagrado entre las piernas de un animal hermoso con sus veintimuchos —que, en realidad, son treinta y algo escondidos por la propia Marisol—, de mostrarla y exhibirla aquí y allá. Sabe que ella aún no le quiere. Sabe que, como a un pez, no consigue atraparla del todo. Pero también sabe que es cuestión de tiempo. Se trata de llevar a la chica mucho más alto de lo que nunca estuvo y enseñarle allí que está sola y sin alas. El miedo de ella y el dinero de él harán el resto”.

Francis dejará el bingo para pasar a trabajar en la mensajería Dit i Fet, con contrato y todo, también propiedad del pequeño mafioso. Detrás de ello, sin embargo, está la intención de Don Damián y de Xavi, su lugarteniente, de usarlo como chivo expiatorio de un robo a una banda de traficantes colombianos. Xavi, el mismo que anda enredado con Marisol, a espaldas de su jefe. La venganza, sin embargo, de Don Damián arrastrará a Xavi, a Marisol y, con ellos, a un desquiciado Francis. “Se queda Francis dentro del coche. Vuelve a escuchar «Debaser», «Tame», «Monkey gone to Heaven»... mientras se palpa la chaqueta y saca la jeringa y la papela. Mira a un lado y a otro. No hay nadie. Carga la aguja. No va a hacérselo ahí. No como un vagabundo. No. Él fue Johnny Thunders una noche. Así que deja las llaves puestas. Saca la cinta del Doolittle y se la lleva consigo. Tiene cinco, diez minutos de bajada hasta la plaza Catalana”.

No es solo la heroína, otra vez más desbocada. A su alrededor, todo empieza a oler a muerte: Ona, Doña Inma... “Francis recuerda todas las veces que le dijeron que no sabían tocar solo porque querían tocar rápido, mal y alto para demostrar que también el rock’n’roll era, al mismo tiempo, la mentira y la única verdad, ellos y sus ganas de asesinar un mundo, poder reinventar a los gigantes mientras la voz de Marisol interrumpe todo aquello —«mátalo, Francis, mátalo»— y piensa que no sabe cómo matar un hombre. Que debe ser tan difícil como acabar una buena canción. Por eso ha de buscar una perfecta. Quizás él no la encuentre pero seguro que Mr. Frankie sí. Y así,

mientras le está clavando el punzón del paraguas en el ojo a Don Damián piensa en «Shake some action», en «September gurls», en «Be my baby» y Polifemo grita mientras es cegado, y entonces, Francis se levanta y el paraguas parece tener vida hasta que el ogro se lo quita del ojo”.

El lenguaje, entre la cercanía de lo popular y una verdadera tensión lírica, se convierte también en uno de los protagonistas de la novela. Ya lo era en las anteriores — sobre todo, en las dos últimas, publicadas por RBA—, pero en ésta Zanón ha logrado un elocuente equilibrio con el vocabulario musical y su extraordinario estilo narrativo: contundente, ágil y fresco.

Un recorrido por el rock de los setenta y ochenta

Johnny Thunders, por supuesto. Ante todo. “Ese cocodrilo de ojos tristes y amarillos que se ha comido a Johnny Thunders atrapa a Francis con la mirada. Es un niño encerrado en la casa de las golosinas, un animal castigado tras barrotos hechos de canciones de tres minutos”. La novela de Zanón parte con una magnífica recreación de uno de los conciertos de Thunders en la sala Magic a finales de los 80. Músico con indudable, talento y figura influyente de la historia del rock, Thunders fue también un prototipo de perdedor —«Born to lose», sigue siendo su canción bandera y la que canta en las páginas de la novela—, protagonista de excesos dentro y fuera del escenario. Decadente, narcisista y heroinómano, Thunders falleció poco después de aquel concierto barcelonés, en 1991.

Pero Mr. Frankie/Francis va mucho más allá de Thunders y los New York Dolls. “Encuentra cintas grabadas por amigos con letras que reconocería en cualquier lado. Un batiburrillo ecléctico, sus vicios privados y sus virtudes fanfarronas. Juanjo y su fascinación por el *do wop*. Flamingos, Jets, siempre Dion. La caja de Spector que le grabó Juan Antonio. Gene Vincent y New Order. Los Damned, los Only Ones, Buzzcocks y los Undertones. Singles de Derribos Arias, el «Cadillac solitario», los Parálisis, Decibelios, techno ochentero, Yazoo y los Human League, los Stones del *Some girls*. Ramones, Bowie, MC5, los Pistols, Golpes Bajos y Roy Orbison. Stray Cats, Iggy con o sin Stooges, Cramps, *Quadrophenia* y *Going Underground*. Lou y el Berlin, Lou y la Velvet, Lou y Lou. Eddie Cochran, los Dolls y Thunders solo, con sus fotos de ángel caído, de yonqui sensible, hijo de puta. Y es que están todos, piensa Francis. Todos los payasos. No falta ni uno. Todos ellos con todas sus payasadas. También los Pixies”.

La historia del rock en un párrafo. Que más adelante completa Zanón por boca de su protagonista. El rock de allí y de aquí: “Y los Stones de los setenta y Sabino deja a Loquillo y Frusciante a los Peppers y la guitarra de Johnny Marr que parecía una Rickenbacker de doce cuerdas con Morrissey hablando de un amor incompleto, imposible, de ángeles crueles, gordezuelos y quizás hermosos y Brando en el Bounty deseando morirse pero no pudiendo porque era un hombre de honor rodeado de hombres de honor y Willy DeVille maullando desde los tejados y John Milner y Thunders [...]. Y Elvis cantando «Crawfish», y los Clash abriendo las piernas cuando se acercaban a los micros, y las partidas del millón, y las batallas en el Campo de la Bota y en el Martinenc, y la Gibson vibrando entre sus dedos y toda la fuerza de los Marshall detrás, dispuesto a invadir y arrasarlo el universo y tetas y coños y besos y espaldas y todo y nada, caótico, sin orden, sin causa y efecto, todo a la vez, todo porque sí, sin caras B, sin versiones alternativas”.

Banda sonora

La lista de las canciones que Zanón cita —y Mr. Frankie/Francis hace suyas— es antológica de los 80, más allá de las que entonaron Johnny Thunders & the Heartbreakers, como «Born to lose», «Hurt me» o «As time goes by». La banda sonora de la novela incluye, por ejemplo, otros grandes temas de los 70 y 80 de rock norteamericano como «Try again» y «September gurls», de los Big Star; «Shake some action», de los Flamin' Groovies; «Train in vain», de The Clash, o The Ronettes cantando «Be my baby». Y, por supuesto, también referencias ineludibles del rock británico de la segunda mitad del siglo XX, como «There is a light that never goes out», de The Smiths; «In the city», de The Jam; «Sweet gospel music», de Prefab Sprout, o «Fairytale», de The Pogues. Con ellos, otras referencias norteamericanas más eclécticas, desde el *mod* de The Small Faces («All or nothing») y el *power pop* de The Raspberries («All by myself») a baladas como «Time after time», de Cyndi Lauper, o «Slow drain» y «Just your friends», del ecléctico Willy DeVille. Y no podía faltar, aunque más tardíos, los Pixies entonando «Debaser», «Tame» o «Monkey gone to Heaven», temas de Doolittle, su segundo disco. La banda sonora del rock y de nuestras vidas.

Personajes

MR. FRANKIE/FRANCIS

Bien parecido, delgado, ojos vivos remarcados por lápiz azul, dos aros de oro en una de las orejas, zapatos de piel, pantalón negro y camisa roja. Así es Mr. Frankie, nombre artístico de Francis. Guitarrista, toca una Gibson color crema. Yonqui. Con dos hijos. Divorciado de la madre de ambos, Carol, le debe la pensión. Su actual grupo, con el que aspira a grabar un disco, se llama *Chien Andalusia*.

MARISOL, LA HERMANA

Hija de una prostituta que trabajaba en un puticlub de la calle Lluís Sagnier, el Rombo, y fue vecina en el mismo edificio que Francis. A los ocho años, una vez que se quedó huérfana, pasó a vivir con Paco y Juana, su mujer, los padres de Francis. Ahora trabaja en rambla Guipúscoa, en un bingo y compartiendo piso con un par de chicas dominicanas. Aunque está ennoviada con Don Damián, su jefe. Estuvo emparejada con Amoah, un árabe malcarado que trapicheaba y golpeaba. Y la mano se le soltaba rápido y fácil.

PACO, EL PADRE

Paco, el padre de Francis, tiene casi setenta años, una pensión que no llega a los quinientos euros y un agujero enorme a la altura del corazón. Aún mantiene una buena cabellera, los pantalones de toda la vida le siguen sirviendo y su estatura es la que es normal cuando te crías comiendo pan negro y cines de sesión doble. Vive en la calle Varsovia, cerca de la plaza Guinardó, en un piso con ascensor ruidoso, techos blancos y ventanas que se abren mal y se cierran peor. El viejo sale poco de su casa, un tercero. Tiene una orden de alejamiento por acoso que le prohíbe acercarse a Marisol, su ahijada.

JUANA, LA MADRE

Juana fue una mujer enjuta a la que no le gustaba acostarse con su marido, mientras que sí al camarada que fueron al principio ella y Paco. Francis y sus líos le rompieron el poco muelle que le quedaba. Decidió dar por perdida la vida el día que descifró algo —nadie supo nunca qué— que indicó, sin ningún género de dudas, que la campana ya había sonado y ella estaba golpeando sombras, gestando ridículas heroicidades para un cielo sin Dios. En el derrumbe miró a otro lado con lo de Marisol.

CAROL, LA EX MUJER

La ex mujer de Francis. Imponente y elegante como un iceberg. La única mujer que le dio dos hijos. La mujer que le ayudó, perdonó y esperó tantas veces. La mujer que le odió, que aún le sigue odiando con casi la misma intensidad con que le amó. La mujer a la que le debe un montón de pasta.

VICTOR Y ÓSCAR, LOS HIJOS

A Óscar, el pequeño, hace mucho que no lo ve. De hecho no sabe, con certeza, cuántos años debe de tener ya. Renunció a Óscar casi desde el principio. Como si no fuera suyo y no le importara nada. Solo tuvo fuerzas para tratar de convencer a uno. Y el elegido fue Víctor, el mayor, de quince años, a quien ha seguido un poco la pista.

DOÑA INMA, LA VECINA

En el primero de edificio de Paco vive doña Imma, una buena mujer, algo gallinácea y obstinada, que le sube de tanto en tanto guisos y le propone, sin mucha fortuna que vote a CiU y que asista a algunas de las actividades del casal al que ella va dos o tres veces por semana.

ONA Y LAIA, LAS “NOVIAS”

Ona, casada, es “un caballo guapo y generoso, de crin caoba y mirada limpia pero siempre un poco triste”. Laia, una chavala malcriada, también guapa pero tormentosa, de mal beber y peor encelar. Es la hermana pequeña de Uri, el capo del sello Kama Sutra, que iba a grabar las maquetas de la actual banda de Mr. Frankie.

DON DAMIÁN, EL JEFE Y NOVIO DE MARISOL

don Damián, es el dueño del bingo Verneda donde trabaja. Divorciado. Celoso. Sesentón turbio, falsamente apacible, acicalado con cadenas de oro y feas camisas. Animal nocturno de negocios pringosos en el pasado y, en la actualidad, igual de pringosos pero casi legales. Está en la gloria al meterse enviagrado entre las piernas de un animal hermoso con sus veintimuchos —que, en realidad, son treinta y algo escondidos por la propia Marisol—, de mostrarla y exhibirla aquí y allá. Sabe que ella aún no le quiere.

XAVI, MANO DERECHA DE DON DAMIÁN

Es un tipo de veintitantos, moreno de pelo y blanco de tez, atlético y ágil, producto del país. No es muy alto ni muy musculado, pero sí feroz y definitivo con su físico y el tiempo de reacción. Uno de esos tipos, sigue pensando Francis, a los que las frases largas le parecen, en un buen día, hasta sospechosas. Amante de Marisol.

Extractos

EN HORTA-GUINARDÓ

Duchado, Francis se dirige a la calle. Su vida de chaval y de joven hasta que puso tierra de por medio se desarrolló en los barrios de Horta-Guinardó. Dos barrios unidos por un guion de decisión municipal pero que poco tenían que ver entre ellos. Horta tenía una inquebrantable alma de pueblo mientras que el Guinardó la tenía de ciudad dormitorio: peluquerías, talleres y puticlubs. En Horta estuvieron sus abuelos, sus tías maternas y sus primeros juegos por las calles del Vent, Martí i Alsina y Tajo. En el Guinardó, su casa, sus primeras novias, sus camaradas de la adolescencia. Allí conoció a Juanjo, un rocker catalán agitanado, alto y fondón. Su padre trabajaba en Jorba Preciados y en su comedor tenían un alta fidelidad. Con Juanjo montó su primera banda de rockabilly. Liz ya salía con Francis. Desde los catorce estaban juntos. Se cambió de cole para coincidir con ella. Era pelirroja, regordeta, de padres gallegos. Iban a cursos distintos. Por las tardes se besaban debajo del Puente del Dragón. Nunca se iban a separar. Por supuesto que no. Como Romeo y Julieta. Como Sid y Nancy.

LA IDEA ES COMO UN ANCLA

Cruza el Puente del Trabajo en dirección a la Meridiana, la Sagrera, el Guinardó. Va pensando en sus cosas. La idea es pedir trabajo a Marisol. De lo que sea. La idea es ir reuniendo dinero. La idea es poder vivir mejor. Tener siempre tabaco. Una cervecita. Alguna juerga. La idea es ahorrar. La idea es ahorrar para ir pagando las pensiones debidas y las que el cinco de cada mes vencen. La idea es que así sus hijos, Víctor y Óscar, sepan que su padre les ayuda y quieran verle. La idea es evitar una condena que le pueda llevar a prisión. La idea es poderse pagar el alquiler de un piso barato hasta que la espiche Paco y entonces quedarse con su piso y la vida parecerá otra cosa. La idea es levantarse del suelo. Verse guapo y digno en el espejo, a los ojos de los demás.

Esa es la idea.

Y, para qué engañarnos, la idea también es darse una alegría muy de vez en cuando, volver a pasárselo bien una vez curada la dependencia. La idea es follar, que se le vuelva a levantar dura y amarga. La idea es volver a la música. La idea es volver a ser el rey del barrio. La idea ya no es idea, se dice Francis, la idea se te ha ido al reino de las fantasías, cretino. La idea es reunir dinero y pagar pensiones y evitar el juicio o la cárcel o lo que sea. Y si luego te sobra para una caña, perfecto.

Esa es la idea.

No nos movamos de la idea.

La idea como un ancla.

Como el collar de una bestia.

Sin olvidar nunca que la bestia eres tú y no el collar.

La puta idea.

LA MÚSICA DE TODO ESO

Mr. Frankie sabe que es el fin. El latido se ha detenido, ya no lo oye. Tiene abiertos los ojos sin poder ver nada. Está como dentro de un agujero negro que, en ese mismo momento, está succionando la banda, los sueños, los recuerdos. Es el fin de tu mundo, Francis. Eres invisible, Mr. Frankie. No eres nadie para nadie. Aquello, el rock'n'roll ya no tiene corazón. Él quiere dejar la banda. Todos quieren dejarlo. En realidad, la competición consiste en quién lo hará antes. Pero todos saben que dejarlo es enfrentarse al vacío de ser de un día para otro adulto, uno más entre la nada. Pero para Francis el dolor es aún más profundo. Para él es el final de su suerte de romanticismo. Está allí, de rodillas y trata de recuperar la sensación de abrir la noche en dos, bajar a saltos los escalones, cruzar las aceras para ir a buscar a la chica que te volvía loco, echar a correr para ir y para volver, alcanzar, abandonar, escapar. Francis trata de recuperar al menos el eco de aquel deseo. Aquella forma absurda de amarse sin razón ni beneficio con aquella música poniendo banda sonora a todo eso.

EN LAS CALLES DE HORTA-GUINARDÓ

Su vida de chaval y de joven hasta que puso tierra de por medio se desarrolló en los barrios de Horta-Guinardó. Dos barrios unidos por un guion de decisión municipal pero que poco tenían que ver entre ellos. Horta tenía una inquebrantable alma de pueblo mientras que el Guinardó la tenía de ciudad dormitorio: peluquerías, talleres y puticlubs. En Horta estuvieron sus abuelos, sus tías maternas y sus primeros juegos por las calles del Vent, Martí i Alsina y Tajo. En el Guinardó, su casa, sus primeras novias, sus camaradas de la adolescencia. Allí conoció a Juanjo, un rocker catalán agitanado, alto y fondón. Su padre trabajaba en Jorba Preciados y en su comedor tenían un alta fidelidad.

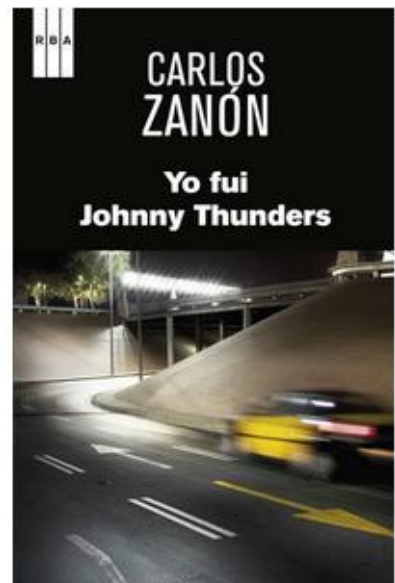
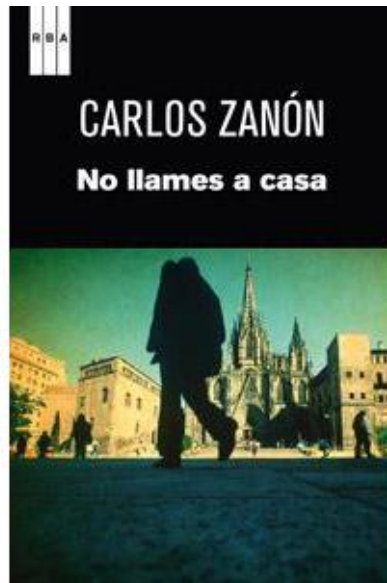
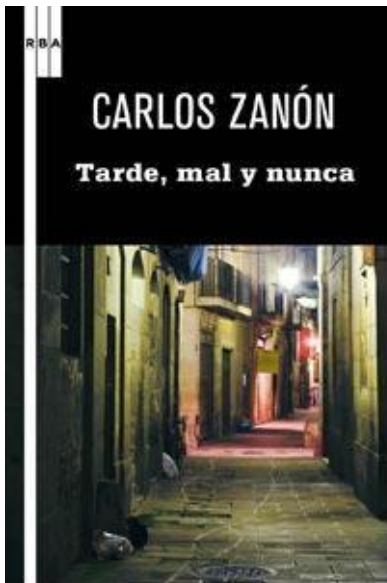
ZOMBIS CRUZANDO LA CIUDAD

Las luces de los edificios se encienden y se apagan en los huecos de las escaleras comunitarias. Francis imagina a los críos haciendo los deberes en sus mesas con lámpara de cuello articulado. Los viejos viendo la tele. Las primeras aguas calentándose en el fuego para la cena a la hora del telediario. El mundo viejo parece haber vuelto con los parados y la pobreza. De vez en cuando se cruza con alguien levemente familiar. Una manera de andar, la forma de mover los brazos o el brillo de unos ojos en el fondo de las cuencas de una cabeza hinchada, víctima de la calvicie o los tintes, delatan al chaval, a la niña que fueron. Son ellos. O sus hijos. O zombis que se los han comido por dentro.

Biografía

Carlos Zanón (Barcelona, 1966). Es poeta, novelista, guionista, articulista y crítico literario. Publicó sus primeros poemas a finales de los ochenta y ha editado hasta la fecha cinco volúmenes elogiados por la crítica especializada, entre los cuales destaca *Algunas maneras de olvidar a Gengis Khan* (Premio Valencia de Poesía 2004) y la antología *Yo vivía aquí (1989-2012)*.

Como novelista, debutó en 2008 con la obra *Nadie ama a un hombre bueno*. En 2009 publicó *Tarde, mal y nunca* (Premio Brigada 21 a Mejor Primera Novela Negra del Año) y en 2012 *No llames a casa* (Premio Valencia Negra a Mejor Novela del Año). Ambas en RBA. Su obra ha sido traducida y publicada en Estados Unidos, Holanda, Francia, Italia y Alemania.



Títulos de Carlos Zanón en la *Serie Negra*:

Tarde, mal y nunca (SN, 91)

Epi asesina sin miramientos a su colega Tanveer Hussein, que le acaba de birlar la novia, Tiffany Brissette, a la espera de que todo vuelva a la normalidad. Pero su normalidad pasa necesariamente por la supervivencia en el barrio donde le ha tocado vivir, por los problemas con las autoridades, la crisis y el paro, la creciente inmigración, la baja moral y los pocos escrúpulos de quienes le rodean.

No llames a casa (SN, 163)

Bruno, Raquel y el hermanastro de esta, Cristian, parecen haber dado con el negocio que les sacará de la miseria, de dormir en parques y cajeros automáticos. Se apostan

alrededor de las casas de citas y chantejean a las parejas. ¿Puede alguien fiarse más del animal manso que del fiero? ¿A quién debe uno lealtad? Y especialmente, ¿de qué serías capaz por ser feliz?

Yo fui Johnny Thunders (SN, 279)

Francis, Mr. Frankie, decide regresar al lugar donde vivió por primera vez las primeras cosas, su barrio. Él se marchó de allí en pos de su particular sueño de rock'n'roll que a finales de los ochenta le granjeó una fama tóxica y efímera. Francis regresa desde la miseria y la drogadicción, quiere empezar de nuevo y hacer las cosas bien. El problema son los atajos, las canciones de tres minutos, la imposibilidad de olvidar quién fue.

ENTREVISTA CON CARLOS ZANÓN



-Pregunta: Johnny Thunders, ¿por qué?

-Respuesta: Es un icono muy potente. Desde siempre me atrae y al mismo tiempo detesto esa imagen romántica del yonqui caído, el ángel hermoso en el callejón y demás. Pero la imagen tiene mucha fuerza. Thunders es Drácula, Byron y Alejandro Magno. Obviamente me gustaba su música aunque más en los discos raros que en los del canon. De todas maneras debía ser Thunders

porque la anécdota que abre el libro la protagonizó él. No en ese sitio ni de ese modo pero sí en lo esencial.

-P: El rock es una de tus pasiones. ¿Es Mr. Frankie quien narra esta breve historia del rock de los 80 desde Barcelona o es usted mismo?

-R: Me temo que soy yo. Son mis discos y es cómo me afectó esa música. Aunque yo tengo discos y gustos inconfesables. Mr. Frankie no.

-P: La nostalgia es uno de los temas de la novela. ¿La tiene usted de aquel rock de los 80?

-R: No creo que la nostalgia sea un tema de la novela y seguro que no la del rock o los 80. Si acaso, es una nostalgia de cuando uno deseaba y era deseado. Odio esa nostalgia pureta de cuando uno era joven, divertido y salvaje.

-P: ¿De aquellas calles del Guinardó, de Horta?

-R: ¡Para nada!

-P: No estamos, en cualquier caso, ante una novela de rock ni del Guinardó. Es una novela de amor, de soledad, de traición...

-R: Y de enfrentarse al último tren, a la última oportunidad de decir no, de ser alguien. Del deseo. De lo importante que es el deseo para ser alguien.

-P: Mr. Frankie/Francis, ¿Dr. Jekyll y Mr. Hyde?

-R: Puede ser. Mr. Frankie es el personaje que se subía al escenario, el más irresponsable. Francis es quien paga la cuenta. Pero a veces uno es el otro y el otro es uno.

-P: Francis se deja llevar hacia la nada... ¿la desesperanza?

R: Sin drogas, sin dinero, sin deseo, sin raíces es difícil levantarse del suelo ¿no? Sin embargo, se hace porque se quiere ser algo, alguien.

-P: Marisol, don Damián, Xavi, ese trío de amores, odios y venganzas, lo van arrastrar... --

-R: En cierto modo él propicia que esas bolas del billar choquen entre ellas

-P: El estilo, su estilo, se ha alabado mucho. La calle y la poesía se encuentran. Pero manda el ritmo. ¿Cómo lo concibe?

-R: No lo sé. Vengo de la poesía. De tocar en grupos. De escribir siempre. Empecé con Baudelaire y Lou Reed. El Lorca del Poeta en Nueva York. En el fondo todo era y es lo mismo. La literatura al igual que el rock'n'roll se redime si se acerca a la calle. Cuando escribo un poema o una novela no hago distinciones, no pienso que son cosas distintas.

-P: Cuarta novela, ya es más que un autor de culto. ¿Cómo se ve?

-R: Fuerte por fuera, débil por dentro. La sensación de estar a punto de romperme en mil pedazos. Yo busco lo que siempre busqué: poder crecer publicando. Y, en la medida de lo posible, hacer libros que valgan la pena. Para mí y para quién pierda un tiempo en leerme. Que le valga la pena.